

El corazón

de la licenciatura
en Gestión Territorial.

Los viajes como
metodología de aprendizaje.

Biviana Vázquez-García
Luis Miguel Mendoza-López
Monserat Carcamo-Peralta y
Leopoldo Vázquez-Márquez
Licenciatura en Gestión Territorial e Identidad Biocultural
Complejo Regional Nororiental, sede Cuetzalan
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

leopoldo.vazquez@alumno.buap.mx

Vivimos en una comunidad masewal, nos autollamamos masewalmej. Aquí aprendemos senti-pensando, en colectivo y en constante reflexión existencial; pues vivir entre las montañas es una invitación cotidiana al pensamiento filosófico de nuestra cotidianidad.

Cuando nuestros pies han caminado tantas veces una vereda decimos ni metsmatika, “nuestros pies han conocido”, desde niños conocemos cómo andar un camino lodoso, cómo caminar una bajada, cómo saltar y escalar las montañas, solo con el itacate de ida y con una carga de leña en las espaldas de regreso para alimentar el fogón de nuestras mamás. En esa simpleza cotidiana de interacción con nuestro contexto, vamos aprendiendo cómo se nombran los árboles y por qué se nombran así. Aprendemos el nombre de los sitios que habitamos, aprendemos a nombrar a los animales, al cuerpo humano, a nombrar el universo mismo y construimos alrededor de ello nuestra propia cosmovisión, nuestra propia forma de mirar y hacer el mundo, desde nuestra lengua masewal.

En este contexto, la educación que nos han impartido en las escuelas convencionales no siempre ha sido con respeto a nuestra identidad. El pensamiento dominante que permea las formas de construir educación ha trastocado nuestra lengua, nuestra vestimenta, nuestras creencias y por consiguiente las prácticas comunitarias que mantienen vital la vida pública de nuestras comunidades. Bajo un escenario histórico que nos empuja a obedecer, a no cuestionar, a callar y aceptar con pasividad lo que no es nuestro, pero que debería, a lo lejos se vislumbran los intentos de caminar con novedosos modelos educativos, con pedagogías incluyentes, diversas, comunitarias, solidarias y de construcción mutua; pues el mundo ya no

cupo en el sistema y las formas de antaño se desbordan y exigen tomar sus propios cauces, incluso poniendo en jaque a las estructuras mismas de construir el conocimiento.

-Niwalaj, ni montosa Miguel uan ni nemi itech se xolal tein mo tokaitia Tzinacapan, kijtosneki kampa chanchiuaj tzinacame itech no maseualtajtol.

-Hola, me llamo Miguel y vengo de una comunidad que se llama Tzinacapan, “lugar de murciélagos” en mi lengua náwat.

Este fue el saludo que nos presentó a los compañeros de la Licenciatura en Gestión Territorial e Identidad Biocultural en un encuentro que sostuvimos con un grupo solidario de mujeres bordadoras en Yaxhachén, comisaría del municipio de Oxkutzcab, Yucatán quienes, al escucharnos hablar nuestra lengua, también se animaron a presentarse en su lengua materna, el maya.

En noviembre de 2022, como parte de los distintos módulos que cursamos en la carrera, realizamos una travesía por el sureste mexicano para conocer los sistemas de organización, producción y sostenibilidad de grupos comunitarios que trabajan de manera colectiva desde sus territorios y crean nuevas formas de producción frente a la avanzada ola de un capitalismo rapaz. Tras semanas de lecturas y análisis teórico llegamos por fin a la tan esperada práctica, aquella que nos enfrentaba a la realidad misma de desafiar lo dicho y lo escrito en clase.

Al finalizar la visita en una comunidad, Miguel recuerda haberle dicho coloquialmente a la maestra Brenda ¡Ya me cayó el veinte!, desde aquel dicho popular, había logrado congeniar la teoría y la práctica en ese momento. Al vivir de viva voz la experiencia de los campesinos, los productores, las mujeres cooperativistas, los sistemas de producción, la resolución de conflictos, la economía social y solidaria, se hacía presente en aquella experiencia de fiel hermenéutica entre la teoría y la realidad.

Para la mayoría de nosotros, comenta Leo, el primer viaje por el sur del estado fue increíble, ya que pudimos conocer otros lugares y salir del municipio de Cuetzalan; porque quizá, lo más lejos que había-

mos viajado hasta ese momento había sido al municipio más cercano, Zacapoaxtla. No podíamos creer que logramos estar pisando la tan hermosa Cueva del Maíz, conociendo el lugar donde se encontró aquel grano que nos alimenta y que nosotros, como masewalmej, amamos comer. Aquel primer viaje nos hizo darnos cuenta de todas las posibilidades que existen. Nos dimos cuenta de que no estamos solos y encerrados en esa burbuja de “realidad”, la cual nos hacía creer que lo que observábamos era el “todo” y no había nada más allá... ninguna amenaza grande, sin más peligros fuera de lo conocido y, sobre todo, más experiencias de éxito en términos de defensa del territorio.

Un primer aprendizaje, que hasta la fecha no olvido, es el uso de biodigestores en el museo de Tehuacán, un sistema de “drenaje” diría yo, que hasta donde he aprendido con otros viajes, funciona como una filtración del agua para “limpiarla” un poco. Esa vez fue la primera vez que vi uno, sin embargo, no me dejó de llamar la atención, pues se me hacía algo realmente innovador, hasta que el viaje a UZACHI, Oaxaca, donde vimos un biodigestor con la capacidad de soportar varias cabañas y un pequeño restaurante.

Uno de los viajes más significativos —para todos diría yo—, fue cuando tomamos prácticamente siete días para aquella salida, ha sido el viaje de estudios más largo que hemos





hecho, yo creo por esa misma razón es tan significativo. El primer día llegamos a Tabasco, a una finca familiar productora de cacao, pero para llegar allá, tuvimos que pasar por las costas del Golfo de México y su mar. La mayoría de nosotros, que solamente habíamos visto el mar en películas o fotos, logramos ver su inmensidad y el color azul que genera paz al mirarlo. Aun en camino, se hizo tarde y alcanzamos a mirar el sol ocultándose detrás del mar, eso fue tan satisfactorio. Una vez en Tabasco nos adentramos en el cacaotal, eso también fue algo nuevo, pues no conocíamos la planta de cacao, las mazorcas de cacao y mucho menos una finca como aquella. Tuvimos la fortuna de conocer el proceso de tratado del cacao, para luego comercializarlo en grano, hasta pudimos probar el chocolate hecho por ellos mismos. Dormir ahí fue otra experiencia más, nos tocó dormir en una bodega, no fue un mal rato para nosotros, pues estábamos entre amigos y la pasamos bien, fue como acampar, pero esta vez en un lugar que no conocíamos.

Una vez en Yucatán llegamos a la Reserva, en medio de la selva, ¡SELVA!, enorme selva y unas lindas cabañas; llegamos de noche y fue otra experiencia, pues se sentía un ambiente tenso porque sentimos miedo por historias que nos contaron acerca de los “aluxes”, los guardianes de la selva, los cuales les hacían travesuras a las personas que los hacían enojar. Todos esos días estuvimos visitando las comunidades e interactuando con mujeres, niñas, niños y con integrantes de GIBIOPUUC. También tuvimos la oportunidad de visitar un par de casas que estaban aún en fechas de “los fieles difuntos”. Nos contaron que ahí se celebra casi una semana después del 2 de noviembre y que todo el mes los difuntos andan merodeando el pueblo.

En aquel mismo viaje visitamos a grupos de mujeres emprendedoras, quienes estaban innovando con productos hechos a base de miel melipona: jabones, champús, cremas, entre otros productos. Fue inspirador para nosotros ver cómo las cuidan, el aprecio que les tienen; es como ver a nuestras mamás cuidando a sus pollitos. A todos nos inspiró ese emprendimiento de las mujeres.

Aquel viaje tan inspirador me abrió los ojos, continúa Leo, y me hizo reconocer que la organización es una parte fundamental en cualquier proceso, pues entre muchos se hace la fuerza; esto logré acen-

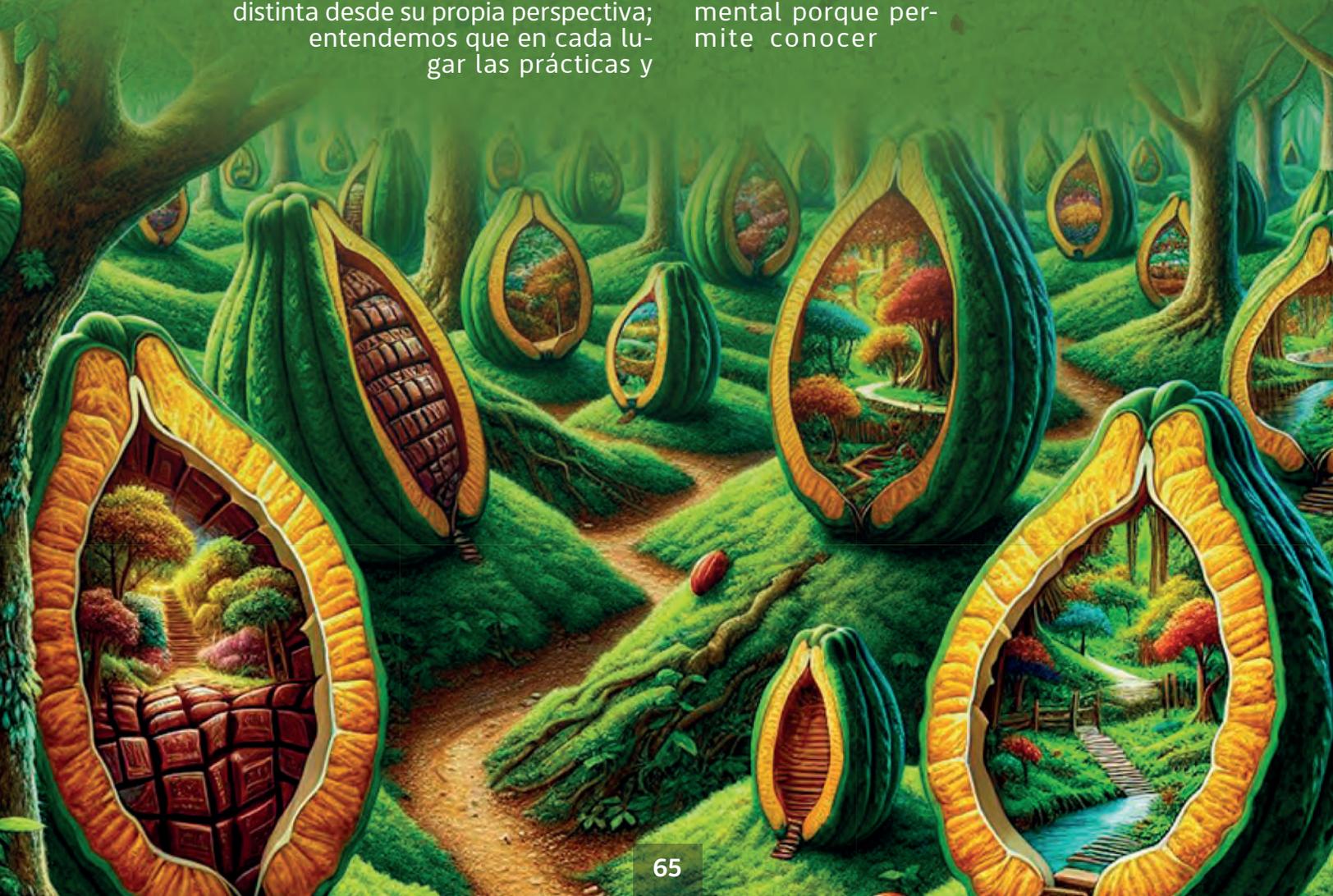
tuarlo en el siguiente módulo: Gobernanza y Conflictos Sociales; cómo las organizaciones que se dan en los pueblos: comité de agua, comité de iglesia, comité de escuela, juez de paz, etc., de cierta manera mantiene un orden, una estructura en las comunidades a las que pertenecen. Sin embargo, ahora que hemos visto varias experiencias en diferentes estados nos damos cuenta de que algunas cosas que aquellos comités realizan no nos parecen correctas, entonces comienza el reto ¿cómo ser parte de aquellos procesos? ¿Con qué herramientas podemos transformar a nuestras comunidades y llevarlas con buena organización?

“En cada viaje nos hemos encontrado con lugares llenos de aventuras y descubrimientos que nos hacen ver otras realidades que no conocíamos”, dice Monse. Interactuamos con diversas personas que nos muestran una realidad distinta desde su propia perspectiva; entendemos que en cada lugar las prácticas y

saberes locales son distintas a las nuestras. El sentir cómo las personas son abiertas al diálogo nos abre un panorama inmenso que tenemos que aprovechar porque un gestor aprende en el campo con la práctica. El diálogo con personas mayores nos ofrece otro panorama y a la vez alimenta nuestra formación; así como reconocer el esfuerzo que las personas han hecho por recibirnos y brindarnos un buen trato, mostrarnos en lo que están trabajando y aconsejarnos para ir formando ideas de cómo iniciar con proyectos similares.

“Los viajes nos han enseñado a escuchar y poder comprender a los pueblos”, reconoce Bivi. Nos permiten conocer de primera mano las inquietudes de la gente, ganarnos esa confianza de la gente para comunicarnos lo que estén dispuestos a compartir y a adaptarnos en cada lugar que recorreremos de acuerdo con su cultura y normas. Las prácticas de campo son el claro ejemplo de lo teórico leído o discutido en clase; donde podemos ver, vivir, sentir y comprender las necesidades de cada lugar para poder aportar y acompañar en el proceso de toma de decisiones de su territorio.

Para Alba, realizar viajes para aprender es fundamental porque permite conocer





diferentes perspectivas, realidades, mundos, personas, opiniones y una amplia gama de conocimientos. Lo más significativo que se aprende en un viaje de estudios es el diálogo de saberes, que enriquece la comprensión y el enfoque del proyecto.

Los viajes que hacemos desde la licenciatura en Gestión Territorial e Identidad Biocultural son una experiencia inolvidable que trasciende nuestro paso por la universidad, en esa vivencia de campo consolidamos los conocimientos que aprendemos en clases desde la teoría; verlo y vivirlo es parte de la construcción de un conocimiento que dialoga con los saberes locales para atender a las problemáticas desde la sociedad organizada y no en la verticalidad. Formarse como gestor territorial, con un modelo educativo en la praxis, nos invita a reflexionar las problemáticas vigentes que atraviesan nuestras comunidades y nos enseña a distinguir la importancia de situar las necesidades de las poblaciones a partir de sus propios territorios. Los viajes seguirán siendo el corazón de las mejores experiencias de la Licenciatura en Gestión Territorial e Identidad Biocultural.

